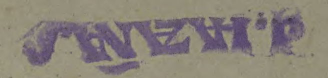
EL TEATRO
Y LA
ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

LOS TRAPOS
DE CRISTIANAR,

JUGUETE CÓMICO



EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

JOSÉ CAMPO-ARANA y JOSÉ ESTREMERA.

2º

MADRID.
OFICINAS.—POZAS, 2 y SEVILLA 14.
1880.



LOS TRAPOS DE CRISTIANAR.

LOS TRAPOS DE CRISTIANAR,

JUGUETE CÓMICO

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

JOSÉ CAMPO-ARANA Y JOSÉ ESTREMERA.

Estrenado en el Teatro de APOLO el 24 de Diciembre de 1879.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1880.

PERSONAJES.	ACTORES.
PILAR........................	SRTA. D.ª AMPARO DIAZ.
ANTONIA......................	SRTA. D.ª ANA VARELA.
EUGENIO......................	D. RICARDO MORALES.
JUSTO........................	D. MARIANO FERNANDEZ.
RICARDO......................	D. PEDRO RUIZ ARANA.
UN CRIADO....................	No hablan.
UNA CRIADA...................	No hablan.

La escena en Madrid.—Época actual.

À VITAL AZA.

Faltaban cinco dias para la representacion de este juguete, escrito de prisa y corriendo, como sabes, (Lo sabes todo, pero queremos que lo sepa tambien el lector.) y aún no teníamos asunto para el tercer acto. De este compromiso nos sacaste tú sacrificándonos la idea de una comedia tuya, que hubiera sido lindísima si la hubieras escrito. ¿Qué ménos podemos hacer que dedicarte la obrilla? Pero hacemos mucho más; te queremos de corazon.

José Campo-Araba.—José Estremera.

2ª E

ACTO PRIMERO.

Gabinete elegante. Puertas al foro y tres laterales. Chimenea. Una bastenera con bastones y paraguas.

ESCENA PRIMERA.

PILAR y EUGENIO.

PILAR. Te digo que sí.

EUG. Te digo que no.

PILAR. Yo no he de sufrirlo.

EUG. Yo tampoco.

PILAR. Es una infamia, sí, una infamia.

EUG. Una picardía, y no lo aguanto, no y no.

PILAR. Malhaya la hora en que me casé contigo.

EUG. Malhaya, amen.

PILAR. Infame!...

EUG. Oiga usted, eso... (Yendo hácia ella.)

PILAR. Vas á pegarme? Pega, hombre, pega.

EUG. Um!... Pues señor ¿me pego un tiro? ¿Se lo pego á ella? Qué voy á hacer?

PILAR. Ay? yo me pongo mala... Un médico.

EUG. Sí, pronto, un médico, á ver si acaba conti go.

PILAR. Pues no, no me pongo mala. Aún tengo que dar en este mundo mucha guerra.
EUG. Es verdad.
PILAR. Tú me faltas..
EUG. Tú me sobras.
PILAR. Razon tenía mi mamá.
EUG. Tu mamá nunca ha tenido razon.
PILAR. Decía la pobre señora: Ese hombre va hacerte muy desgraciada.
EUG. Entónces, ¿por qué dejó que te casaras conmigo!
PILAR. Porque dijo: ¿Á qué estamos?
EUG. En ese rasgo reconozco á tu madre. Ella no estaba mas que para fastidiar al prójimo.
PILAR. Porque el matrimonio es la única carrera de la mujer
EUG. Y para el hombre es una carrera de baquetas.
PILAR. Basta de insultos. Esto no puede quedar así.
EUG. Ya lo creo.
PILAR. Es preciso tomar una determinacion.
EUG. Yo ya tengo la mia. (Llaman.)
PILAR. Yo tambien. Abur. (Váse.)

ESCENA II.

EUGENIO, luégo ANTONIA.

EUG. Cada cuarto de hora una pelotera. Ponerse así... por... yo no recuerdo por qué se ha puesto así. Pero ella empezó, de fijo, ella es la que empieza siempre.
ANT. Suba usted al cuarto segundo y diga de mi parte á don Justo...
ANT. El abogado?
EUG. Justo. Dígale usted que necesito verle al momento; que haga el favor de bajar.
ANT. (¡La que ha habido!) Voy en seguida. (¡Y la que va haber!)
EUG. Ah, dígale usted que baje el código.
ANT. Señorito, por Dios, ¿qué va usted á hacer con eso?

EUG. Á usted no le importa. Ya está usted aquí de más.

ANT. Voy, señorito, voy. (Dios mio, el código!)

ESCENA III.

DICHOS, PILAR.

PILAR. (Desde la puerta.) Antonia.

ANT. Señorita.

PILAR. Lleve usted esta carta en seguida.

ANT. Está bíen. (Váse. Pilar y Eugenio se miran un momento, vuelven la cara con desprecio y Pilar desaparece.)

ESCENA IV.

EUGENIO.

Dos años así! Una mujer que de soltera no tocaba el piano por los *fortes*, ahora grita como una tiple en un concertante y me arma un escándalo cada dia. No como; no duermo; los caseros me despiden, los vecinos me aborrecen, y hasta el alcalde de barrio me ha puesto en el padron «escandaloso.» Yo, el hombre más nervioso y delicado de cuantos comen pan... es decir, de cuantos no lo comen, porque yo no como. Y la quiero á pesar de todo, la quiero como un tonto, como un estúpido... como quien soy que la quiero. Pero no me dejaré avasallar por una pasion indígna. Nos separaremos para siempre, nos divorciaremos, para que no haya medio de reconciliacion. ¡Reconciliacion! ¡Ántes la muerte!

ESCENA V.

EUGENIO, JUSTO.

JUSTO. Señor don Eugenio.

EUG. Ah! Pase usted, voy á deberle á usted más que la vida.

JUSTO. En qué puedo ser á usted útil. ¿Como hombre ó como abogado?

EUG. Como abogado.

JUSTO. Magnífico. Ese es mi fuerte. Y aunque sea alabanza no ha podido usted recurrir á mejor parte. Desde que me gradué en Alcalá á claustro pleno y *nemine discrepante* hasta la hora presente he defendido novecientos criminales, de los que no han ido al palo ni ochocientos.

EUG. No me parecen pocos.

JUSTO. Si los compara usted con los que yo no he defendido, verá usted que son ménos los mios que los de todos los demas.

EUG. Es claro. Pero, vamos al asunto.

JUSTO. Qué es ello?

EUG. Una cosa horrible.

JUSTO. Algun robo, algun asesinato? Me alegro, hombre, me alegro; precisamente lo criminal es mi fuerte.

EUG. Robo, asesinato! Ójala! Es mucho peor.

JUSTO. Ah, un crímen nuevo. Lo que se adelanta, hombre, lo que se adelanta. Nada, desde luégo lo tomo por mi cuenta. No quiero que nadie me quite la gloria.

EUG. Oiga usted. Un hombre vivía tranquilo en la casa de sus padres, rodeado de cariño, de cuidados, sin ocuparse de pagar al casero ni á nadie.

JUSTO. Oh, hacía muy bien, eso de no pagar á nadie...

EUG. Á este hombre se le presenta un dia una mujer.

JUSTO. Malo.

EUG. Agraciada.

JUSTO. Malo.

EUG. Jóven.

JUSTO. Malísimo.

EUG. Y rica.

JUSTO. Eso ya no es tan malo.

EUG. Pues bien, á mí se me presentó una mujer de esas condiciones.

JUSTO. Malo, malo. Y díga usted, ¿dónde está esa mujer?

EUG. Espere usted; esa mujer se mostraba propicia á recibir mis obsequios. ¿Qué debí yo hacer?

JUSTO. Nada, no hacerla caso y trasladármela á mí.

EUG. Qué hubiera usted hecho en mi lugar?

JUSTO. De qué lugar es usted?

EUG. Hombre, en mi puesto.

JUSTO. Ah, en su puesto. Si yo hubiera estado en el puesto de usted hubiera trasladado mi puesto más cerca de ella.

EUG. Y despues se hubiera casado.

JUSTO. Despues... no me hubiera casado. Yo no me hubiera casado nunca.

EUG. Ah, usted no es partidario del matrimonio.

JUSTO. No señor.

EUG. Aunque se le presentara á usted una mujer excelente?

JUSTO. No señor.

EUG. Pues si todos pensaran como usted se acabaría eí mundo.

JUSTO. No señor.

EUG. Yo me casé.

JUSTO. Ese es uno de los pocos delitos que lleva la pena en s mismo.

EUG. Qué pena tiene un marido?

JUSTO. Ser marido. ¿Le parece á usted poco?

EUG. Y diga usted, para esta pena no hay indulto posible.

JUSTO. Sí, el divorcio.

EUG. Eso es justamente lo que quiero, el divorcio, pero tan sin compostura como el matrimonio.

JUSTO. Para eso se necesitan ciertas pruebas.

EUG. Diga usted.

JUSTO. Tiene usted sospechas de que su mujer le es infiel?

EUG. No señor.

JUSTO. Hombre, qué lástima!

EUG. Cómo lástima?

JUSTO. Es claro, porque si le fuera á usted infiel ya había motivo...

EUG. Un demonio!

JUSTO. Espere usted. Busquemos por otro lado. Le pega á us-

ted su mujer alguna vez?

EUG. Á mí? Pues no faltaba más!

JUSTO. No le ha pegado á usted?

EUG. No señor.

JUSTO. Qué lástima! Con una zurra salíamos del paso. Usted ha tenido hijos?

EUG. No, aún...

JUSTO. Su mujer de usted tampoco habrá tenido.

EUG. Claro que no.

JUSTO. Qué lástima! Pero... en fin... Es natural. Pues señor, no vamos á hacer negocio, porque este caso no tiene ninguna de las condiciones que marca la ley, ni infidelidad, ni sevicia, Ah, falta dilapidacion de dote. Ha dilapidado usted la dote de su mujer?

EUG. No trajo; su padre no quiso darla un cuarto.

USTO. Entónces no ha podido usted dilapidarla. Ah, diferencia de religion. Pero usted será cristiado viejo.

EUG. No, soy jóven todavía.

JUSTO. Bueno, pero será usted cristiano jóven.

EUG. Sí.

JUSTO. Si yo defendiera á su mujer de usted la cosa estaba arreglada.

EUG. Cómo?

JUSTO. Levantándole á usted un falso testimonio, cualquier cosa. Pero ya lo arreglaremos. Quisiera tomar algunas notas...

EUG. Pasaremos á mi despacho.

JUSTO. Sí, todo se arreglará. Es decir, se desarreglará todo.

ESCENA VI.

ANTONIA, RICARDO.

RIC. Tu señora me llama, indudablemente para un asunto de mucha importancia. Yo soy su amigo íntimo, el

amigo de la casa, y me fía todos sus secretos; ya lo creo, porque soy en lo callado una tumba; por eso he alcanzado la confianza de las damas, como abogado y como amigo; como abogado sobre todo; soy el abogado del bello sexo. Precisamente ayer me encargó la señora de Lopez ciertos asuntos que tiene á espaldas de su marido; la de Perez me llamó para preguntarme cuál sería el mejor medio de dotar á su hija en la menor cantidad posible; la de Fernandez para atrapar á Rodriguez; todos, porque como saben que yo no lo he de contar á nadie... Lo dicho, soy una tumba.

ANT. Pero es usted una tumba que habla más que un sacamuelas.

RIC. Hija, en eso no hago más que cumplir con mi obligacion. Los clientes me pagan para que hable, para que ponga como chupa de dómine á mi contrario con todas las buenas formas posibles. En el foro somos muy finos; decimos por ejemplo: «Mi querido compañero é ilustrado antagonista es un alcornoque, dicho sea sin ánimo de agraviarle.»

ANT. Y el otro no le tira un tintero?

RIC. No, el otro habla de las corteses frases de su adversario... Pero dime, dime encantadora doméstica, por qué ahora que reparo eres una muchacha encantadora?

ANT. Toma, y ántes de que usted reparara.

RIC. Si me necesitas para algo, ya sabes, yo soy el abogado del bello sexo. (La abraza.)

ANT. Estése usted quieto.

RIC. No, hija mia, *suum cuique* es mi lema, tú mereces un abrazo y te lo doy. Pero vamos á ver, por qué me llama tu señora? Yo, como amigo íntimo, sé que hay aquí más de una reyerta.

ANT. Más de una? y más de diez.

RIC. Ah, pero ella viene y me dará más pormenores. Evacua esta habitacion.

ANT. Qué dice usted?

RIC. Que te vayas.

ANT. Como habla usted en latin. (*Váse.*)

ESCENA VII.

PILAR, RICARDO.

PILAR. Ay Ricardo, gracias á Dios que ha venido usted!

RIC. He venido con el deseo de ser á usted útil.

PILAR. Yo sé que es usted un hombre discreto y reservado.

RIC. Sí señora, una tumba. Pero estoy impaciente por saber lo que ocurre.

PILAR. Ocurre que mi marido y yo somos incompatibles.

RIC. Eso ocurre en casi todos los matrimonios. El otro dia se sentenció á mi favor un expediente de divorcio de la de Perez.

PILAR. Se decretó el divorcio?

RIC. Sí señora. Andando yo en ello!

PILAR. Y qué hizo usted para conseguirlo?

RIC. Yo nada más que hacer valer los derechos de la mujer ofendida.

PILAR. Era una mujer ofendida?

RIC. Sí señora.

PILAR. Qué ofensa le infirió su marido? Yo necesito esa ofensa.

IC. La ofensa fué una paliza.

PILAR. Entónces no la necesito.

RIC. Oh, si es el mejor medio. Usted desea el divorcio?

PILAR. De eso depende mi felicidad.

RIC. Pues haga usted porque su marido le rompa la cabeza y ya es usted feliz.

PILAR. Gracias, es una felicidad que no envidio á la de Perez.

RIC. Bueno, buscaremos otro medio. Su marido de usted le es fiel?

PILAR. No mucho.

RIC. Usted tiene una prueba de su infidelidad?

PILAR. Tengo una carta que intercepté.

RIC. Se puede ver.

PILAR. Sí, aquí la tengo. (Leyendo.) «Mi querido *Ugenio*.» Fíjese usted bien, *Ugenio*. Esto quiere decir que la amanuense no tiene una educacion muy esmerada. «Yo »crei que el medallon que me regalaste era de oro y »me ha dicho el platero que es de similor. Estoy muy »incomodada contigo porque eres un bribon, un cana»lla y un sin vergüenza. Te adora, tu Antonia.»

RIC. Es una carta muy expresiva. Me incauto de ella. (Se la guarda.) Pero de nada puede servir esto solo.

PILAR. Pues bien claro está que tiene una querida á quien regala medallones de similor:

RIC. Sí, pero para que el divorcio sea posible, exige la ley que el marido tenga la querida dentro del domicilio conyugal.

PILAR. Pues no es poco exigente!

RIC. Créame usted, lo mejor sería que se dejára usted maltratar de su marido.

PILAR. Considere usted que eso es muy fuerte.

RIC. Cuanto más fuerte mejor. Pero sólo conque le rompa á usted la cabeza salimos del paso perfectamente.

PILAR. Usted saldría perfectamente del paso, pero yo... Diga usted, y ¿no basta que yo declare que él me hamaltratado?

RIC. No basta, la ley exige testigos.

PILAR. De modo que sería preciso que me pegára en medio de la calle.

RIC. No digo tanto, pero sería muy conveniente.

PILAR. Lo que es para mí no sería nada conveniente. Qué hacemos?

RIC. No sé.

PILAR. Pero, hombre, invente usted algo. Ay, que vienen, me voy... no diga usted nada...

RIC. Ya sabe usted que soy una tumba.

PILAR. Diga usted que viene de visita. (Váse.)



ESCENA VIII.

RICARDO, JUSTO.

JUSTO. (Hablando hácia adentro.) Vuelvo en seguida. Yo hablaré á la muchacha. (Viendo á Ricardo.) Oh, tú por aquí, mi querido discípulo?

RIC. Usted por aquí, mi querido maestro!

JUSTO. Á qué vienes?

RIC. Á hacer una visita á estos señores? Y usted?

JUSTO. Á lo mismo.

RIC. Qué trae usted entre manos?

JUSTO. Oh, ayer tuve una vista que hizo mucho ruido. Un pleito que he defendido con una habilidad...

RIC. Lo habrá usted ganado.

JUSTO. No, lo perdí... Pero fué por una inconveniencia de mi defendido. Figúrate que se trataba de dar un padre á un niño de tierna edad, fruto de la seduccion de una mujer honrada. Yo llevaba la peor parte del asunto, porque el otro abogado, el defensor del que yo acusaba como seductor de la jóven, había dado un argumento que te recomiendo y que pienso aprovechar en la primera ocasion.

RIC. Qué dijo?

JUSTO. Allí estaba su cliente, hombre muy feo y de cara que demostraba poquísimos alcances, circunstancias que favorecían al letrado, que decía con gran calor: Se acusa á mi defendido de seductor. Tres únicos medios hay de suduccion, la hermosura, el talento y la riqueza. Que mi cliente no es hermoso, lo dice su cara.—E cliente:—Bravo.—Risas.—El presidente toca la campanilla.—El abogado:—Que el talento tampoco puede haber seducido á esa señora lo prueba que mi defendido es un bruto.—El defendido:—Bravísimo.—Risas y murmullos.—El alguacil:—Guarde compostura.—El abogado:—La riqueza tampoco puede haber sido pues aún no

he conseguido que me pague mis honorarios.—El defendido:—Sublime.—Carcajada general; campanillazos repetidos; bulla; algazara... Un magistrado se despierta.

RIC. Notable caso. La situacion para usted era comprometida.

JUSTO. Oh! á mí no me arredraba; y hubiera ganado el asunto á no haberlo perdido...

RIC. Es claro.

JUSTO. Á no haberlo perdido, como dije ántes, por una inconveniencia de mi apadrinado. Despues de agotar todos los recursos de la lógica pasé á los del sentimiento.—Ahí está, excelentísimo señor—decía yo entusiasmado, señalando al pequeñuelo,—ahí está ese tierno infante que por la perversidad de un padre desnaturalizado ha de verse sin un pedazo de pan que llevar á los ojos, sin una mano generosa que enjugue su boca...—Conmocion general; la madre se desmaya; una jamo na sensible se lleva el pañuelo á los ojos. La situacion era mia. Un paso más y ganaba el pleito, á cuyo efecto coloqué al niño sobre mis rodillas y comenzó á llora como un desesperado. Oh, qué momento! Aún al recordarlo me enternezco... Todo el mundo lloraba. Ya ves tú, pobre criatura!...

RIC. Es verdad.

JUSTO. Pero en esto se le ocurre al presidente preguntar al niño:—¿Por qué lloras, hijo mio?—Y el chico contestó poniendo el grito en el cielo:—Porque este señor me está pellizcando!

RIC. Já! já! já!

JUSTO. Todo el mundo hizo entónces lo que tú, y yo perdí el pleito.

RIC. Era de esperar.

JUSTO. Y tú, qué haces ahora?

RIC. Ahora lo más importante que tengo es una demanda de divorcio que pienso entablar,

JUSTO. En nombre del marido ó de la mujer?

RIC. De la mujer.

JUSTO. Y quién es ella?

RIC. No puedo decirlo; he prometido el secreto.

JUSTO. No, si yo no quiero que me digas el nombre de la mujer. Dime sólo el nombre del marido.

RIC. (Inventaremos un nombre para salir del paso.) Es la de García.

USTO. (Queriendo recordar.) García... García... Yo he oido ese apellido en alguna parte.

RIC. Puedé ser.

USTO. (Pero, en fin, no es esta. Me tranquilizo.) Y cómo lo llevas?

RIC. Bien, pero me faltan pruebas.

JUSTO. Y eso qué importa? Cuando no las hay se inventan. Pero dispénsame, que tengo que hablar con... (Llamando.) Muchacha, muchacha. Tú me dispensarás que...

RIC. Sí, todo lo que usted quiera.

ESCENA IX.

DICHOS, ANTONIA.

RIC. (Para sí leyendo la carta.) Si pudiera sacar de aquí... «Te adora Antonia.»

JUSTO. Oye, muchacha!

ANT. Mande usted.

JUSTO. Cómo te llamas?

ANT. Antonia.

RIC. Eh? Antonia?

JUSTO. Qué?

RIC. Nada. (Leyendo.) «Mi querido Ugenio?»

JUSTO. Vas á hablarme de tus amos. ¿Qué tal se llevan?

ANT. El señorito Ugenio tiene el genio algo fuerte.

RIC. Ugenio? has dicho Ugenio?

ANT. Sí señor. Qué tiene de particular?

RIC. Nada, es que...

JUSTO. Tú siempre tan amante del buen decir. Le choca que digas Ugenio.

ANT. Por qué?

JUSTO. Porque no se dice Ugenio, sino...

RIC. Chist. Déjela usted en su ignorancia.

JUSTO. Por qué?

RIC. Porque la ignorancia es la felicidad. Deje usted que esta mujer sea feliz. Dí siempre Ugenio.

ANT. Diré como quiera.

JUSTO. Qué significa?

RIC. (Falta una prueba.) Dime, ¿tienes tú algun medallon?

ANT. Sí señor.

RIC. De qué? de oro?

ANT. Ojalá! Es de similor.

RIC. De similor. (Muy contento.) Quién te lo ha regalado?

ANT. Á usted qué le importa?

RIC. Á mí qué me importa? Ah, es ella, es ella. Ya la tengo, ya la tengo.

JUSTO. Pero qué tienes?

RIC. La querida.

JUSTO. Qué querida?

RIC. La querida bajo el techo conyugal.

JUSTO. Qué significa?

RIC. La prueba, tengo la prueba.

JUSTO. Bueno, hombre, déjate de pruebas y permite que hable aparte con esta muchacha. (Ricardo se pone á tomar notas en un cuaderno.) Vamos á ver, tú no sabes nada de tu ama?

ANT. Qué, le ha pasado algo?

JUSTO. No; te pregunto si sabes algo de los amores de tu ama con... (Si sabe algo lo suelta.) Con...

ANT. Con quién?

JUSTO. Con... ese.

ANT. Quién es ese. ¿Ese señor? (Por Ricardo.)

JUSTO. Ese señor? Tú sabes algo de ese señor?

ANT. No más sino que le he llevado hace poco una carta de parte de mi señora.

JUSTO. Una carta de parte de tu señora?

ANT. Sí.

JUSTO. Nada más?

ANT. Nada más.

JUSTO. Es bastante, puedes largarte. Yo tambien la tengo, y testigos.

ESCENA X.

RICARDO, JUSTO.

JUSTO. Picarillo! Conque esas tenemos?

RIC. Sí señor, ya las tenemos.

JUSTO. (Qué será las que tenemos?) Conque andas en relaciones con la señora de esta casa? (Dándoselo por hecho es el medio de que confiese.)

RIC. Yo! yo en relaciones?

JUSTO. Ó por lo menos no me negarás que está enamorada de tí.

RIC. De mí?

JUSTO. Lo sé todo.

RIC. Pero ¿cómo?

JUSTO. Primero, porque acaba de decírmelo la criada.

RIC. Diablo!

JUSTO. Y despues, porque... voy á tener confianza... quiere divorciarse. ¿Por qué quiere divorciarse sino porque te ama?

RIC. Es cierto, es posible!

JUSTO. (Magnífico. Ahora sólo falta que ella le pegue.)

RIC. Diga usted, yo qué debo hacer en este caso?

JUSTO. Hombre, yo en eso no puedo aconsejarte.

RIC. No?

JUSTO. No, pero...

RIC. Usted en mi caso ¿qué haría?

JUSTO. Yo? (Frotándase las manos y de un modo muy significativo.) Jé! jé! jé!

RIC. Pues eso mismo voy yo á hacer.
JUSTO. Qué?
RIC. Lo que usted. (Imitándole.) Jé, jé, jé!
JUSTO. Ah, picarillo!
RIC. Pero no, no estando seguro!
JUSTO. No te ha escrito ella una carta?
RIC. Sí.
JUSTO. En ella dejaría traslucir...
RIC. No me he fijado.
JUSTO. Mírala, fíjate.
RIC. Sí, voy á verlo, me la hé dejado en casa. Oh, si es así... (Váse cantando.)

«Yo soy por lo galan
un don Juan.»

ESCENA XI.

JUSTO.

Ajajá. Esto tal vez dé buen resultado. Ahora sólo faltaba que ella le pegase al marido delante de testigos... Pero ¿qué testigos? Ah, ya sé: los criados. Antonia, Antonia. (Llamando.) Los criados y yo.

ESCENA XII.

JUSTO, ANTONIA.

ANT. Qué quiere usted?
JUSTO. Llama á todos los criados de esta casa.
ANT. Para qué?
JUSTO. Calla y obedece.
ANT. Bueno. (Llamando.) Prisca, Perico. Venid.
JUSTO. Me parece que esta es la mejor manera. (Salen un Criado y una Criada.) Hola, hay bastantes. Os vais á escon-

der donde yo os diga, y en cuanto oigais en esta sala ruido de bofetones ó de otra clase de golpes, salís inmediatamente y decís: «Lo he visto.»

ANT. Y qué habremos visto?

JUSTO. Lo que sea. Á tí qué te importa?

ANT. Bueno.

JUSTO. Tú métete aquí. (Á la Criada haciéndola entrar por la primera puerta izquierda.) Tú aquí, detrás de la puerta. Que no te vean. (Al Criado, id. foro.) Y tú aquí. (Á Antonia primera derecha.)

ANT. Pero si esta es la alcoba del señorito!

JUSTO. Eso qué importa? Entra y calla. (Escóndese Antonia.) Esto es lo mejor por ahora, y si surtiera buen efecto... Justo, convengamos en que tienes mucho ingenio. Sí señor, aquí hay mucho meollo. (Dándose fuertes palmadas en la frente. Antonia y los criados salen de sus escondites.)

ANT. Yo lo he visto.

JUSTO. Qué? Qué has visto?

ANT. Si he oido ruido de cachetes!

JUSTO. He sido yo que he hecho así. (Repite.) Adentro, adentro pronto. (Vánse.)

ESCENA XIII.

JUSTO, EUGENIO.

JUSTO. Oiga usted, mís investigaciones cerca de la criada no han dado todo el fruto que yo me proponía; pero si usted consiguiera que su mujer le pegára, todo estaba arreglado. Ah, aquí viene, dejo á ustedes.

EUG. Pero...

JUSTO. Nada, nada. Tengo mucho talento.

ESCENA XIV.

EUGENIO, PILAR.

PILAR. (Conque con sólo que él me pegue todo se arregla.)

EUG. (Qué triste situacion para un marido, dejarse pegar por su mujer! Pero no hay remedio, he de hacer todo lo posible porque me zurre.)

PILAR. (El caso es que como no me han pegado nunca, la primera vez me va á doler demasiado.)

EUG. (Pero cómo demonio me las arreglo yo para hacer que me pegue?)

PILAR. (Si yo pudiera decirle: Pégame, pero no me des muy fuerte. (Se miran fijamente.)

EUG. Qué me miras? Tengo monos en la cara?

PILAR. (Ya se enfada, esto va bien.) No tienes monos en la cara, sino una cara de mono. (Me pega.) (Presentándole el carrillo.)

EUG. (Hola, se enfada! Principio quieren las cosas.)

PILAR. (Pues no me pega!)

EUG. Me parece que me insultas.

PILAR. Me parece que sí. Mira lo que haces, porque si me enfado soy muy capaz de...

EUG. De qué?

PILAR. De pegarte.

EUG. Sí; eres capaz de pegarme? á ver cómo va á ser eso. (Si fuera capaz...)

PILAR. (Lo mejor es allanarle el camino.) (Va á la bastonera.) (Dios mio, cuál de estos bastones será más blando!)

EUG. (Y es capaz, va á coger un baston.)

PILAR. (Este que está forrado de badana.)

EUG. (Ya se acerca. Lo dicho, me pega.)

PILAR. (Dándole el baston.) Tome usted.

EUG. Para qué me das eso?

PILAR. Para que me pegue usted si es capaz.

EUG. Ah, yo creí...

PILAR. Porque tengo que decirle á usted cuanto se me venga á la boca. Que es usted un canalla. (Poniendo la espald como para que le pegue.) (Ahora sí que... Pues no.) Un bandido.) (Id.) (Pues tampoco.) Pegue usted, hombre, pegue usted.

EUG. Pero no eras tú la que iba á pegarme?

PILAR. Yo? Vaya si soy. (Levantando la mano.)

EUG. Cómo, serás capaz? (Id. Ambos se quedan con las manos levantadas como para pegarse.)

PILAR. Da tú primero.

EUG. No, tú.

PILAR. Cobarde.

EUG. Déjame en paz. (Váse precipitadamente, y al salir tropieza con Ricardo que entra.)

RIC. Demonio!

EUG. Vaya usted á paseo.

ESCENA XV.

PILAR, RICARDO.

RIC. Ah, ella sola. (Lee la carta.)

PILAR. Pues señor, ¿cómo se las arreglan esas mujeres que no dejan pasar un dia sin que sus maridos les den un solfeo?

RIC. (Tiene razon mi maestro. (Leyendo.) «Venga usted sin »ser visto.» No hay duda, me ama.) Ah, señora!

PILAR. Qué?

RIC. Lo sé todo. Sé la causa que impulsa á usted á querer el divorcio.

PILAR. Lo que es necesario es que se consiga.

RIC. Se conseguirá, sí, tengo datos, tengo pruebas. Sí, Pilar de mi vida, sé que me amas.

PILAR. Qué dice este hombre?

RIC. Me lo han revelado todo.

PILAR. Que yo le amo á usted?

RIC. Sí, lo sé á punto fijo.

PILAR. Saber es.

RIC. Y estoy dispuesto, si no conseguimos nuestros fines, hasta á robarte, bien mio. (La coge por la cintura.)

PILAR. (Desasiéndose y dándole un fuerte bofeton.) Insolente. (Sale Antonia y los otros criados.)

ESCENA XVI.

DICHOS, ANTONIA, CRIADOS, JUSTO.

RIC. Canario!
ANT. Yo lo he visto.
JUSTO. Sublime. Pero ¿qué veo? No es él. Qué lástima!

ESCENA XVII.

DICHOS, EUGENIO.

RIC. Sé que me amas, partamos. (Arrastrándola hácia el foro.)
EUG. Qué es esto? Te ama?
JUSTO. (Buen dato!) Sí señor, un rapto frustrado. La prueba que necesitamos. (Mucha animacion.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del primero.

ESCENA PRIMERA.

EUGENIO, de bata.

JUSTO á la chimenea con un libro en la mano.

No he visto en mi vida un libro más pesado. (Tira el libro á la chimenea. Se pasea.) Eh, qué llama es esa? Ah, el libro que arde. El vigésimoquinto que corre tan triste suerte. Yo no sé qué tienen todos los libros, que desde hace una semana me enojan de un modo insoportable. (Se sienta.) Una semana! El tiempo que hace que mi mujer se fué de esta casa. Y ¿por qué se fué? Porque reñimos. ¿Y por qué reñimos? (Se pasea.) Eso es lo que no puedo recordar por más que hago. Es una buena condicion mia, lo olvido todo. Riño con uno, le rompo la cabeza, y á los cinco minutos ya estoy como si tal cosa. Se me pasa en seguida. ¡Qué silencio! Esta casa parece un cementerio. Mi mujer la animaba tanto

con sus reyertas!... Mi mujer... siempre esta idea. Y no puede ménos, todo aquí me la recuerda. Esta silla, bien la reconozco, fué la que me tiró á la cabeza aquella noche... Afortunadamente dió á mi suegra. Y ahora no tengo quien me tire sillas!... Y ¿por qué? Porque mi mujer ha determinado irse á vivir á casa de mi suegra, es decir, á una casa de fieras. (Llama.) Y tú, Eugenio, lo has consentido, tú, gaznápiro, bestia, animal!...

ESCENA II.

EUGENIO, ANTONIA.

ANT. Me llamaba usted?

EUG. Yo? Yo no... digo sí. Te he llamado?

ANT. Sí señor.

EUG. Por qué te he llamado? Imbécil.

ANT. Por qué me ha llamado usted imbécil? No sé, porque lo seré.

EUG. Por vida de... Esta muchacha no se enfada nunca, lo sufre todo... Los otros criados son tan sumisos que es imposible armar una pelotera por nada del mundo. Tráeme la levita. (Váse Antonia.) Me voy. ¿Adonde? No sé... Al Circo de gallos, que es lo único que me divierte.

ANT. (Saliendo con la levita, el sombrero, etc.) Aquí está.

EUG. Bueno, déjame. (Váse Antonia.) Me voy á la calle, y al primero que me mire con malos ojos... le rompo algo. (Se quita la bata, se pone el sombrero y vuelve á ponerse la bata creyendo que toma la levita.) Dónde está el sombrero. (Buscando.) La chica lo ha traido. Muchacha, el sombrero. Ah, que lo tengo puesto. Llevaré el baston de estoque por si alguno... (Coge de la bastonera un quitasol.) Al primero que me mire le atravieso.

ESCENA III.

ANTONIA.

Ya se ha marchado. Á ver si está todo en órden... La señora me ha encargado que cuide de que no le falte nada y que no le contrarie nunca. Ayer me dió un abrazo y acordándome de mi señora se lo consentí. Pobre señora, es tan buena! Ella tiene muy mal genio y de vez en cuando me da algun coscorron, pero por cada coscorron me da luégo cinco duros... y como estoy juntando para casarme... aún me faltan veinticinco coscorrones. (*Pone en órden algunas cosas.*) Calla, aquí está la levita. Se habrá ido de americana...

ESCENA IV.

ANTONIA, JUSTO.

JUSTO. (*Con un legajo enorme en cada mano y varios papeles debajo del brazo.*) Hola, muchacha, ¿y el señor?

ANT. Ha salido.

JUSTO. Lo siento.

ANT. Pero qué lleva usted ahí?

JUSTO. El expediente de divorcio de tus amos.

ANT. Y es todo eso?

JUSTO. Todo. Vengo sudando. Hazme el favor de enjugarme el sudor. Sácame el pañuelo de este bolsillo. Gracias. Quítame el sombrero. (*Antonia le quita el sombrero y se caen varios papeles que había dentro.*) Ah, el escrito, el escrito! Recógelo, que no se pierda ni una hoja. (*Antonia recoge los papeles, le enjuga el sudor y vuelve á ponerle el sombrero.*) Gracias, chica. Eres una buena chica; por tanta amabilidad, toma, saca de este bolsillo... (*Señalándole el chaleco.*) Saca... no, no saques nada. Con que no está el señor? Lo siento, porque venía á leerle esto en un ratito.

ANT. Pero usted cree que se divorciarán al cabo?

JUSTO. Andando yo en ello ¿no han de divorciarse?

ANT. Ay, pobre señorita: ¿y usted no puede hacer nada en eso?

USTO. Trato de deshacerlo todo. Conque, en cuanto venga tu amo avísame, que me subo á mi casa. (*Al volverse deja ver unos rollos de papeles que asoman por los bolsillos de detrás de la levita.*)

ANT. Vaya usted con Dios.

JUSTO. Ó si no, me entraré en el despacho del señor: á bien que ahora no hay más que él en la casa, y no es cosa de estar subiendo y bajando todo esto.

ESCENA V.

ANTONIA, luégo PILAR.

ANT. Si no puedo ver á los abogados. Este lo va á descomponer todo... Despues que le cuesta á una tanto trabajo casarse.

PILAR. (*En traje de calle. Desde el foro.*) Antonia.

ANT. Señorita de mi alma. (*Abrazándola.*)

PILAR. Calla, mujer!

ANT. Si es que me ha dado una alegría de ver á usted despues de ocho dias!...

PILAR. Está mi marido?

ANT. No señora.

PILAR. Me alegro... es decir, lo siento... No sé si lo siento ó me alegro:

ANT. Ha venido usted á verle?

PILAR. No lo sé.

ANT. Cómo es eso?

PILAR. Tengo gana de verle y al mismo tiempo no quisiera encontrarme con él. Estaba deseando que llegara el momento de abandonar esta casa, y ahora no me encuentro en la de mi madre. Desengáñate, un marido es cosa que hace mucha falta.

ANT. Yo ya estoy desengañada; y si no le tengo no es por culpa mia.

PILAR. Y como está mi pobre Eugenio?

ANT. No sabe usted lo que ha cambiado! Ahora regaña ménos que ántes y conmigo sobre todo, está de lo más cariñoso... hasta me abraza.

PILAR. Como ¿y tú se lo consientes?

ANT. Como usted me dijo que no le contrariara en nada!...

PILAR. Bien, pero no hasta ese punto. Y se acuerda de mí?

ANT. Ya lo creo.

PILAR. Me alegro; conviene que me eche de ménos.

ANT, Echarla de ménos, si que la echa á usted; ayer me dijo: «Ay, Antonia. cuánto echo de ménos á tu señora,» y me dió un abrazo.

PILAR. Un abrazo!... ya no me conviene que me eche tanto de ménos. Conque ahora está tan variado?

ANT. Ahora, sí señora, apenas se incomoda y lo dice todo con una amabilidad...

EUG. (Dentro, de muy mal humor.) Canallas, infames! (Ruido de golpes.)

ANT. Ahí está.

PILAR. Sí, ya veo que todo lo dice con amabilidad.

EUG. Haber consentido que saliera de este modo.

PILAR. No quiero que me vea. (Váse.)

ESCENA VI.

EUGENIO, ANTONIA.

EUG. Te parece regular esto?

ANT. Señor, yo no he tenido la culpa.

EUG. No me han apedreado en la calle porque afortunadamente tomé un coche. Por cierto que iba de tan ma humor, que cuando me preguntó el cochero: «Señoritu, á dúnde vamus?» Le contesté: «Á usted qué le importa?»

ANT. Y á dónde le llevó á usted?

EUG. Despues, para arreglarlo, le dije: «Lléveme ested á casa de mi tio.» Ya ves tú qué sandez! Pues no fué la última.—«Dónde vive su tio de usted?» me dijo humildemente el cochero.—Y yo respondí: Ternera, diez y ocho, cuarto, izquierda. Llego á casa de mi tio, persona respetabilísima, y á cuya señora no tengo el gusto de conocer. Mi tio sale á recibirme y me hace pasar á la sala, donde había varias visitas, á las que me presenta, diciendo:—Tengo el gusto de presentar á ustedes á mi sobrino Eugenio, que es de tanta confianza, que se ha venido de bata. Entónces noto mi distraccion, me corto, quiero salir, beso la mano á las señoras, me pongo á los piés de los caballeros, piso al perro, tiro á un chico, rompo un quinqué y salgo llevándome el tricornio de un militar, que cambié en la antesala por este sombrero. (*Saca uno de cochero con escarapela y galon dorado.*) Ay, hija mia, desde que se fué la señora no hago nada á derechas. Afortunadamente tú eres buena, y... (*Abrazándola.*) Pobre Antonia!

ANT. Pero señor!...

EUG. Qué?

ANT. Que me está usted abrazando!

EUG. Es verdad... si con las penas no sé lo que me hago.

ANT. Ya lo creo!

ESCENA VII.

DICHOS, PILAR.

PILAR. Yo salgo, no puedo más.

EUG. (*Yendo á ella con los brazos abiertos.*) Pilar de mi cora... (*Conteniéndose; transicion.*) Digo, señora ¿usted aquí?

PILAR. No crea usted que he venido á verle.

EUG. Á qué has venido?

PILAR. Á buscar unos chismes para llevármelos á casa de mi madre.

Eug. Unos chismes? En casa de tu madre no hará falta eso, los habrá de sobra.

Pilar. (Ay, si hicieran las paces!...) (Váse.)

ESCENA VIII.

EUGENIO, PILAR.

Pilar. Despues de una ausencia de ocho dias me hablas de esa manera!

Eug. Despues de lo que ha sucedido te me presentas aún...

Pilar. Si te refieres á lo que oiste al mamarracho del abogadillo, ya sabes que llevó su merecido, porque los criados te contaron...

Eug. Sí, que le diste un bofeton.

Pilar. Un bofeton mayúsculo.

Eug. No tengo aún pruebas bastantes para dudar de tí, si las tuviera... Pero no, tú eres buena, eres un ángel, el ángel del mal genio... Y yo te quiero. Si la verdad es que nosotros podíamos ser muy felices, si no fuera por tu carácter.

Pilar. No, siempre que hemos reñido ha sido por el tuyo

Eug. Bien; sea como tú quieras.

Pilar. Yo mal carácter, cuando he estado callando hasta ahora un resentimiento que tenía contigo!

Eug. Muy mal hecho, mujercita mia. Una buena mujercita no debe callarle nada á su marido. Conque dí, dí, querida. (Le besa la mano.)

ESCENA IX.

DICHOS, JUSTO.

Justo. No habrá venido aún... Ah! Buen provechito! (Al ver que Eugenio besa la mano á Pilar.)

Eug. Eh! Ah, usted aquí?

JUSTO. Sí, esperaba á usted corrigiendo una minuta... Pero no se moleste usted, no tengo prisa y voy á acabar en cuanto me diga usted en qué año nació.

EUG. (Silencio, que no sepa...)

JUSTO. (No quiere usted que sepa en qué año nació usted?)

EUG. No es eso; no quiero que sepa que se trata de presentar esa demanda.

JUSTO. Ah!... bueno...

EUG. Nací el cuarenta y siete.

JUSTO. Bueno... Sigan ustedes. (Están demasiado amables; me van á echar á perder el pleito. (*Váse.*)

PILAR. Qué hace ahí?...

EUG. Está tomando unas notas... Pienso comprar una finquilla... Conque dime la causa de tu resentimiento.

PILAR. La causa es que un dia me tomé la libertad de registrarte tu taquilla... Pero no creas que era por curiosidad.

EUG. Por qué era?

PILAR. Por ver lo que había.

EUG. Ah! ya!

PILAR. Y encontré allí una carta firmada por una tal Antonia que te llamaba Ugenio.

EUG. Uf, mujer! Si, es verdad, és de aquella cuyas cartas quemaste tres dias despues de nuestra boda, habiéndote reido grandemente ántes de las sandeces que me decía. Sin duda se habrá quedado trasconejada. No recuerdas?

PILAR. Pero, hijo, si aquel dia quemé novecientas noventa y siete cartas, cómo quieres que recuerde?... Conque en fin, no me engañas?

EUG. Yo engañarte, cuando á pesar de todo te quiero más que á mi vida? (*La abraza.*)

JUSTO. (*Saliendo.*) Y diga usted... (Lo dicho, están demasiado amables y pierdo mi tiempo.)

EUG. Don Justo, hágame usted el favor de no molestarse, por que ya no es preciso nada de eso.

JUSTO. Ah, conque es decir que he perdido el tiempo?

EUG. No, yo le pagaré á usted sus honorarios.

JUSTO. Si no es esa la cuestion, sino que siento mucho que un asunto en que yo intervengo no se lleve á cabo. Pero en fin, recogeré mis escritos que son una obra maestra, como verá usted algun dia. Por vida de... (Váse.)

PILAR. Pero tú me engañas.

EUG. Por qué?

PILAR. Porque traes con don Justo otros negocios que los de la compra de la finca.

EUG. Sí, es cierto. No debo engañarte. Puesto que ya todo ha pasado, te confesaré que se trataba de divorcio.

PILAR. Divorcio! Tú querías divorciarte? Caballero, esa es una indignidad...

EUG. Hija, si yo he desistido.

PILAR. No importa. Poner en ridículo á su mujer ante el abogado y ante todo el mnndo!...

EUG. Tú ibas á hacer otro tanto.

PILAR. Es muy distinto; una mujer pierde mucho.

EUG. Y un hombre?

PILAR. Un hombre no tiene nada que perder.

EUG. Señora!

PILAR. Caballero!

EUG. Volvemos á las andadas?

PILAR. Usted es el que vuelve.

EUG. No señora, es usted.

PILAR. Razon tenía mi mamá!

EUG. Razon tenía mi papá.

JUSTO. (Desde la puerta.) Se puede entrar?

EUG. Adelante. Por qué pide usted permiso?

JUSTO. Porque como están ustedes tan cariñosos...

EUG. No se vaya usted.

JUSTO. Cómo?

EUG. El asunto ha de seguir adelante.

JUSTO. Magnífico!

EUG. Está visto que no podemos vivir juntos.

JUSTO. Sorprendente!

PILAR. Es usted un...

JUSTO. (Ap. á ella.) Eso es, dígale usted que es un... (Ahora se pegan!)

EUG. Y usted una...

JUSTO. Justamente, concluya usted, es una... (Id. á él.)

PILAR. Usted me insulta.

JUSTO. Sí señora, le insulta á usted.

EUG. Usted es la que...

JUSTO. Tambien, tambien es ella. (Bravo, bravo! Ahora sí que se pegan.) (Ap. á él.) (Dígale usted más cosas.)

EUG. Vaya usted al infierno. (Rechazándole.)

JUSTO. Gracias. (Ap. á ella.) (Insista usted en los...)

PILAR. Vaya usted á paseo. (Id.)

JUSTO. (Hombre, qué manera de agradecer mis servicios!)

PILAR. Me vuelvo con mi madre.

EUG. Allí es donde debe usted estar, con ella; tal para cual.

PILAR. No se meta usted con mi madre.

EUG. No haré tal, porque saldría muy mal parado.

JUSTO. Olé, olé! (Muy contento.)

PILAR. Bien me decía ella, que no me casara con semejante...

EUG. Con semejante qué?

JUSTO. Semejante? Ha dicho semejante? Eso de semejante es muy grave.

EUG. (Cogiendo una silla y amenazador.) Semejante qué?

JUSTO. (Le va á tirar una silla!) (Yendo al lado de Eugenio. Aparte á él.) Fuerte, fuerte. (Ahora sí que va á ser ella!)

EUG. (Suelta la silla con violencia y da con ella un fuerte golpe á Justo.) Por Cristo!

JUSTO. Ay! Ahora sí que ha sido ella. Digo, no, que ha sido él.

EUG. Venga usted conmigo.

JUSTO. En seguida, no perdamos un solo momento. (Váse cojeando.)

ESCENA X.

PILAR, luégo RICARDO.

PILAR. Dios mio! Dios mio! Esto es imposible. Yo he de tomar

una determinacion heróica. Quién tiene la culpa? Quién es el más majadero?

RIC. (Entrando.) Servidor.

PILAR. Á qué viene usted aquí?

RIC. Á pedir á su marido de usted una satisfaccion.

PILAR. Para dar satisfacciones está! Y por qué?

RIC. Por haberme arrojado de esta casa de un modo poco conveniente.

PILAR. Cómo fué?

RIC. Dándome un fuerte empujon con el pié en...

PILAR. Sí, ya sé... un puntapié...

RIC. Exacto. Este puntapié no ha de quedar así.

PILAR. Quiere usted que se lo dé de otra manera?

RIC. No señora. Lo que quiero es que elija armas.

PILAR. Cómo! un duelo?

RIC. Exacto.

PILAR. Y es verdad; si le encuentra á usted mi marido es inevitable un choque.

RIC. Un choque? Dirá usted otro choque, porque el primero ya... (Marcando un puntapié.)

PILAR. Sí, ya. Pues otro. (Dios mio, un duelo!... por mí causa!... Si yo hiciera desistir á este títere!...) Oiga usted, señor títere.

RIC. Qué!

PILAR. Digo... usted.

RIC. Qué tiene usted que mandarme?

PILAR. Es usted capaz de hacer por mí una cosa?

RIC. Y dos, y tres y todas las que usted quiera.

PILAR. Pues váyase usted de esta casa y no vuelva usted á pensar en mi marido ni en semejante duelo.

RIC. Eso es imposible, todavía está resentido mi... mi honor.

PILAR. Considere usted que puede matarle.

RIC. Vaya si le mataré. Como que tiro perfectamente.

PILAR. Creo que tirará usted, pero...

RIC. He tirado las armas cinco años.

PILAR. (Ay, le va á matar! Matar á mi marido! Pobrecito, eso

sí que no. Yo que le quiero tanto. Ay! Por qué me habré enfadado con él?) Váyase usted, caballero. Se lo suplico á usted de rodillas.

RIC. Basta; á esa súplica no puedo resistir. (*Se oye hablar á Eugenio.*)

PILAR. Ay, que viene!

RIC. Bueno, yo no le diré nada.

PILAR. Pero él sí; si le ve usted aquí el duelo es inevitable.

ANT. Bien, á los piés... (*Dirigiéndose al fondo.*)

PILAR. Por ahí no, que le va á usted á ver cruzar. Métase usted aquí un instante.

RIC. Pero...

PILAR. Adentro. (*Entra Ricardo primera izquierda. Se ha dejado el sombrero.*)

ESCENA XI.

PILAR, EUGENIO, JUSTO.

JUSTO. Bien, quedamos en eso.

EUG. Sí. Ah, todavía no te has ido?

PILAR. No, pero me iré, me iré. (Pero cómo me voy dejando á este...) (*Ap. á Justo.*) Haga usted el favor de asomarse á mi cuarto con disimulo. (*Á su marido.*) Ya me voy. (*Justo deja su sombrero sobre un sofá.*)

JUSTO. Á su cuarto! (*Ap. á ella.*)

PILAR. Sí, allí hay un hombre. (*Id. á Justo.*)

JUSTO. Demonio!

PILAR. (*Cariñosa á Eugenio.*) Por supuesto, Eugenio, que tú...

EUG. Déjeme usted en paz.

PILAR. (*Ap. á Justo.*) Dígale usted que se vaya. (*Á Eugenio.*) Todavía estás enfadado? (*Ap. á Justo.*) Pero que no sea por aquí.

JUSTO. Por dónde?

EUG. Mi cuarto no tiene más salida que esta y el balcon.

JUSTO. Entónces...

PILAR. Que se tire por el balcon.

JUSTO. Diablo! No querrá.
PILAR. Tírele usted.
JUSTO. Señora, yo...
PILAR. Es verdad, no puede ser.
JUSTO. Ya lo creo que no.
PILAR. Entónces eche usted de aquí á mi marido.
JUSTO. Yo?
EUG. Qué cuchicheos son esos?
PILAR. Cuchicheos? Querrá usted tambien meterse en lo que yo hablo con los demas?
EUG. Sí señora.
PILAR. Pues hablaré á pesar de eso. (Ap. á Justo.) Échele usted.
JUSTO. Pero cómo?
PILAR. De un modo indirecto.
JUSTO. De un modo indirecto? Voy. (Alto.) Don Eugenio.
EUG. Qué hay?
JUSTO. (Qué modo indirecto? Ah! ya.) Váyase usted.
PILAR. Bien!
EUG. Por qué he de irme?
JUSTO. Porque estoy viendo que están ustedes otra vez á punto de pelearse y de parte de alguno ha de estar la prudencia.
PILAR. Sí, vete. (Poniéndole el sombrero de Ricardo que le está muy grande.) (Ay, que es el del otro!)
EUG. Este sombrero no es mio. ¿De quién es este sombrero?
PILAR. Del señor.
JUSTO. Mio, no.
PILAR. (Ap. á Justo.) Diga usted que sí.
JUSTO. Digo, mio, sí. (Ap. á ella.) Pero si el mio es aquel, cómo le digo...
PILAR. Diga usted que es tambien de usted.
JUSTO. Si yo no acostumbro á llevar dos sombreros. Y va á ver ese.
PILAR. No, no lo verá. (Se sienta sobre el sombrero de Justo.)
JUSTO. (Dios de mi alma, mi sombrero nuevo!)
PILAR. Oye, Eugenio?

EUG. Qué.

PILAR. Ven aquí, á mi lado. (Le hace sentarse junto á ella.)

EUG. Qué hay?

PILAR. Si tú eres bueno...

EUG. Yo soy bueno, eso ya lo sabía. Pero tú no eres buena.

PILAR. Sí, yo tambien soy buena, y sobre todo te quiero mucho.

EUG. Mucho, mucho!

PILAR. Es menester que esto no siga así. Con la vida que llevamos hemos llamado la atencion de toda la sociedad madrileña. (Acomodándose sobre el asiento.)

JUSTO. (Pobre sombrero!) Señora, no hay motivo para que esté usted tan intranquila.

PILAR. Esa sociedad que está siempre buscando la manera de poner en ridículo á todo el mundo, y para la que no puede haber una reputacion bien sentada...

JUSTO. (Para bien sentada, ella...)

PILAR. Nos distingue á tí y á mí con epitetos poco halagüeños. (Pilar poco á poco va dejando caer el sombrero al suelo y luégo lo mete con el pie debajo del asiento.)

EUG. Cómo nos llaman?

PILAR. Nos llaman el Perro y el Gato.

JUSTO. Y está muy bien puesto, porque como están ustedes siempre como perros y gatos.

EUG. Conque eso dicen de nosotros?

JUSTO. (Pero esta señora no podrá estarse quieta!)

PILAR. Ya ves tú que no debemos consentirlo.

JUSTO. Ahí debe usted estar muy incómoda, ¿quiere usted otra silla?

PILAR. No, gracias.

EUG. Y nosotros, qué podemos hacer para evitarlo?

JUSTO. Lo primero, levantarse.

PILAR. Lo primero hacer las paces y desistir de toda idea de rompimiento.

JUSTO. Eso no me parece bien.

PILAR. Porque tú no me quieres mal.

EUG. Al contrario, te quiero mucho.

JUSTO. (Adios, se ponen otra vez amables!)

PILAR. Y yo te quiero á tí como siempre.

JUSTO. (Malo!)

EUG. Y yo á tí más que nunca.

JUSTO. (¡Malísimo. Se ponen amables! Dios quiera que esta escena no se prolongue, porque yo no puedo irme sin sombrero.)

EUG. Y qué más hay que hacer?

PILAR. Despues salir todas las tardes juntos en coche para que vean que el Perro y el Gato son dos mansísimos corderos.

EUG. Mira, pues me parece muy bien tu proyecto.

PILAR. Y vamos á empezar desde hoy mismo.

JUSTO. Sí, desde ahora mismo deben ustedes...

PILAR. Precisamente yo he dejado á la puerta el coche de mamá.

JUSTO. Bien, pero ántes hemos de jurar no volver á reñir por nada del mundo.

PILAR. Lo juro.

JUSTO. Y yo.

EUG. Antonia, el sombrero. Don Justo, usted nos dispensará... (Se pone la levita.)

JUSTO. Sí.

EUG. Hágame usted el favor de romper esos papelotes y de no volverme á hablar de ellos.

ANT. Aquí está. (Le da á Eugenio el sombrero.)

JUSTO. Eso de romperlos no; servirán en otra ocasion, pero me los llevaré.

PILAR. (Ap. á Justo.) Haga usted que salga ese hombre y dígale usted que no vuelva más.

JUSTO. Está muy bien. (Por quien me habrá tomado esa señora?)

EUG. (Tomando el brazo de Pilar.) Bendita seas!

PILAR. Dios te bendiga!

ESCENA XII.

JUSTO, ANTONIA.

JUSTO. Amen. Ay, gracias á Dios que se han ido! (Buscando.)
ANT. Pero qué es lo que pasa aquí?
JUSTO. Nada, hija mia, que todo se ha perdido.
ANT. Qué se ha perdido?
JUSTO. En primer lugar mi sombrero, que no le veo, y despues mi trabajo, porque tus amos han hecho las paces.
ANT. Gracias á Dios.
JUSTO. No, gracias al demonio! (Viendo el sombrero.) Aquí está, ¡y en que estado! Me lo ha dejado hecho un *ecce homo*, digo un *ecce* sombrero! Pero ahora que me acuerdo, ahí hay un hombre escondido. ¡Ah, qué magnífico dato por si otra vez!... Tú eres testigo de que en ese cuarto hay un hombre escondido. Míralo.
ANT. Un hombre! (Mirando.) Pero, no, ¡si es don Ricardo!
JUSTO. Cómo! Mi discípulo!

ESCENA XIII.

DICHOS, RICARDO.

RIC. Puedo salir? ¿Dónde está mi sombrero?
JUSTO. Qué significa esto, mi querido discípulo? Conque era verdad lo que yo te dije?
RIC. Qué me dijo usted?
JUSTO. Que esa señora te amaba.
RIC. Qué amor, ni qué demonio!
JUSTO. Basta, no lo quiero saber. (¡Que no niegue delante de la criada.)
RIC. Usted es el que me ha metido en estos lios, y esto no puede quedar así. Yo he venido á que me den una satisfaccion; á romperme la cabeza con álguien.
JUSTO. Vaya unas satisfacciones!
RIC. Y usted va á ser quien me la va á dar.

JUSTO. Yo? Esto sólo nos faltaba!

RIC. Sitio, hora.

JUSTO. Pero tú estás loco.

RIC. Nada, sitio y hora.

JUSTO. Corriente. Hora, las tres de la tarde: sitio reservado, la Puerta del Sol.

RIC. Esta tarde se entenderá usted con mis padrinos.

JUSTO. Bien, yo no estaré en casa.

RIC. Pues Dios le libre á usted de ponérseme á tiro. (Váse.)

ESCENA XIV.

JUSTO, ANTONIA.

ANT. Qué significa esto?

JUSTO. Déjame, que estoy hecho una hiena. Um! Berr! Off! Señor, cuántas cosas en un momento! El divorcio, las paces, el marido, la mujer, el sombrero... El marido que riñe con el sombrero; el sombrero que apabulla al marido... Bah, no sé lo que me digo. Y por último el duelo. Qué va á ser de mí, qué va á ser de mis hijos!

ANT. Pero usted tiene hijos?

JUSTO. No, pero hubiera podido tenerlos.

ANT. Ah!

JUSTO. Pero en fin, tomemos las cosas con calma... Me tranquilizaré!... Ya estoy tranquilo. Me voy. Mira, hija mia, tu señora ha hecho las paces con su marido y se han jurado no volver á reñir en toda la vida.

ANT. Ay, ya lo creo, si mi señorita es muy buena; y despues de todo tiene muy buen genio.

JUSTO. Yo me voy porque aquí ya no hago falta.

ESCENA XV.

DICHOS, PILAR, EUGENIO.

Pilar y Eugenio entran en silencio pero precipitadamente, muy descompuestos y cada uno se deja caer en una silla colocada á cada lado del teatro.

EUG. (Tirando el sombrero con fuerza.) Esto es insufrible!
PILAR. (Rasgando el pañuelo.) Esto no puede soportarse!
ANT. Señor, señorita...
JUSTO. Pues todavía hago yo falta! (Sentándose.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

PILAR, ANTONIA.

ANT. Ay, señorita, conque es verdad que se va usted?

PILAR. Sí, hija mia, me voy.

ANT. Y me abandona usted?

PILAR. Pobre muchacha! te afliges porque me voy? Gracias; tú eres la única que me siente en esta casa.

ANT. Pero si el señorito la quiere á usted mucho!

PILAR. Á mí! Ya lo creo! Como el perro al gato. Como que nos llaman así.

ANT. Cómo?

PILAR. El Perro y el Gato. Ya ves tú que esto no puede aguantarse. Yo he desistido de intentar el divorcio, porque es un medio escandaloso.

ANT. Pero, al ménos, váyase usted con su mamá como la semana pasada, que así podré verla de vez en cuando.

PILAR. Eso tambien es escandaloso, tener á mi marido en Madrid y no vivir en su casa... El sistema que he adoptado es el mejor. Mi mamá se va á su quinta de Aran-

juez y yo me voy con ella una temporada que podré prolongar todo el tiempo que juzgue oportuno, y esto no puede chocar á nadie.

ANT. Y el señorito lo consentirá?

PILAR. No tendrá más remedio. Ayer fuí á casa del médico y le dije:—Doctor, yo estoy muy mala.—Qué padece usted?—Marido.—Esa es una enfermedad que desean muchas mujeres.—Ántes de casarse, lo creo.—Pero qué quiere usted que yo le recete contra esa enfermedad?—Recéteme usted un viaje; haga usted creer á mi marido que estoy muy mala y que necesito la vida del campo, el ejercicio, muchos paseos.—Y el médico que es persona muy complaciente, ha accedido á mis deseos, y hoy mi marido cree que en efecto estoy muy mala y que debo marchar.

ANT. Pues si se va usted, no estoy yo dos dias en esta casa. (Llaman.) Voy corriendo. (Váse.)

PILAR. Nada, nada, esto es lo mejor; poner unas cuantas leguas en medio. ¡Yo el Perro! ó el Gato! Cualquiera de los dos papeles me es insoportable. Y el caso es que lo tengo muy merecido.

ANT. (Entrando con una caja de carton.) Señorita, esto han traido de la calle del Cármen.

PILAR. Ah, sí. Encargos que llevo para el pueblo. Son los trapos de cristianar para el niño de mi prima. Verás qué cosa más mona. (Saca de la caja un gorrito.)

ANT. Ay, qué bonito!

PILAR. Y aquí está la capa...

ANT. Anda, anda, qué lujo!

PILAR. Como que es un regalo no podía ménos de ser bueno. Mira, llévalo á mi cuarto y ten mucho cuidado de que no se entere mi marido, porque se enfadaría mucho si supiera que gasto el dinero en obsequiar á algun individuo de la familia de mi madre. Yo voy á prepararlo todo para este viaje. (Váse.)



ESCENA II.

ANTONIA, luégo EUGENIO.

ANT. Dónde voy yo á encontrar una señorita tan buena que me dé cinco duros por coscorron? Ay! el señor.

EUG. Mi mujer... irse de Madrid, vivir sin mi mujer!... Qué haces aquí?

ANT. Nada, iba...

EUG. Lárgate.

ANT. Si es que...

EUG. Lárgate he dicho.

ANT. Voy, voy. (Huyamos, que este no paga los coscorrones.)

ESCENA III.

EUGENIO.

Marcharse ¡mi mujer! Dejarme viudo! Y marcharse porque está enferma. Ay! Dios mió, no voy á poder resistir esta separacion. Que se marchára, bueno, ya volvería... pero marcharse enferma!... y de qué? De qué padece? La carta del médico sólo decía: «Su señora de usted está mala y necesita salir de Madrid, muchos paseos, mucho ejercicio.» Al leer esto me alarmo, corro á casa del doctor.—Qué tiene mi mujer? le pregunto, y me contesta:—Pche!—Yo no sé qué quiere decir—«pche,» pero no es extraño, porque como no he estudiado medicina... Dígame usted, proseguí—ese «pche,» es cosa grave?—Hombre, grave, grave... no puedo decir que sea grave, pero al mismo tiempo... En fin, pregúnteselo usted á su mujer.—La verdad es que el médico está como si no supiese qué padecía mi pobre mujer. Oh, yo estoy muy intranquilo y no me tranquilizaré hasta saber...



ESCENA IV.

EUGENIO, PILAR.

EUG. Ah! Aquí está. Ven acá, hija mia. He recibido una carta del médico en que me dice que estás mala.

PILAR. (La carta ha hecho efecto.) Sí, ayer estuve en su casa.

EUG. Qué es lo qué tienes?

PILAR. Ay, no sé. (Qué tendré yo?)

EUG. No sabes? El caso es que al médico le pasa lo que á tí, tampoco lo sabe.

PILAR. Le has visto?

EUG. Sí.

PILAR. Y qué te ha dicho?

EUG. Me ha dicho. «Pche!» que es lo mismo que si no me hubiera dicho nada. Pero vamos á ver ¿te duele algo?

PILAR. Me duele y no me duele.

EUG. Dime primero dónde te duele y luégo me dirás dónde no te duele...

PILAR. (Qué me dolerá, Dios mio!) Unas veces me duele aquí... otras aquí...

EUG. Aquí y aquí. Y qué más?

PILAR. Unas veces tengo gana de llorar.

EUG. Pobrecita!

PILAR. Otras veces tengo gana de morder.

EUG. Pobrecita!... y pobrecito de mí!

PILAR. Otras veces me enfado, y me dan unos mareos!... se me anda la casa y veo patas arriba todos los trastos y á tí tambien.

EUG. Gracias por no excluirme del número de los trastos. Á ver, saca la lengua.

PILAR. (Saca la lengua un momento como haciendo burla á Eugenio.)

EUG. No, mujer, más despacio. Así. Á ver el pulso. (Le toma el pulso.)

PILAR. Qué notas?

EUG. Nada, mujer, ¡no ves que no entiendo una palabra de medicina!

PILAR. (Me alegro.) Pues yo sí. Sabes lo que tengo?

EUG. De eso trato.

PILAR. No; la enfermedad que yo tengo quiero que sea un secreto para tí.

EUG. Bien, me resigno

PILAR. Lo que importa es que tú me proporciones los medios de curacion.

EUG. Todo cuanto tú quieras.

PILAR. Me dejarás que vaya á Aranjuez?

EUG. Y aunque sea más lejos; donde tú quieras.

PILAR. Yo desde allí te escribiré la causa de mi mal.

EUG. Bueno, pero ante todo es necesario que te cures. La salud es lo primero, y sobre todo la salud de mi mujercita. (La abraza.)

PILAR. Déjame, que tengo mucho que hacer. (Váse.)

ESCENA IV.

EUGENIO.

El médico ha tenido una buena idea, separados no reñimos ni damos que decir á las gentes. (Viendo la caja que sacó Antonia.) Hola, ya está haciendo los preparativos de viaje; la cosa va de veras. (Abriéndola.) Pero ¿qué es esto? Un gorro! Para quién será este gorro! Indudablemente no es para mi mujer. ¡Una capa de niño!... Qué significa esto? Para quién es esto? Ah, qué idea! La enfermedad de mi mujer... El «pche,» que decía el médico... los mareos... el médico que la aconseja que haga ejercicio y que pasee... Ya sé el secreto de su enfermedad... Esto bien claro lo dice... Yo padre... ó madre... digo, yo con hijos, ó con hijas... No cabe duda, yo voy á morir de felicidad. Y he sido capaz de enfadarme con mi mujer, con una mujer tan buena que va á darme un heredero!... Y poco bonito que estará

con este gorro, y con esta capa... Será muy hermoso... Naturalmente, siendo hijo mio... No, no sé irá, los hijos deben nacer en donde estén su padre y su madre... sobre todo donde esté su madre. Yo tengo gana de que álguien sepa mi felicidad, de que lo sepa todo el mundo.

ESCENA V.

EUGENIO, JUSTO.

EUG. Don Justo de mi alma! permítame usted que le abrace. (Abrazándole fuertemente.)

JUSTO. Le permito á usted que me abrace, pero no que me ahogue. ¿Qué le pasa á usted?

EUG. Que soy completamente feliz.

JUSTO. Por qué?

EUG. Por esto. (Enseñándole el gorro.)

JUSTO. Por eso?... Por poca cosa es usted feliz.

EUG. No es por esto, sino por lo que esto significa. No le parece á usted que estará muy hermoso?

JUSTO. Quién?

EUG. El niño.

JUSTO. Qué niño?

EUG. Mi hijo, hombre, mi hijo.

JUSTO. Usted tiene un hijo?

EUG. No, pero voy á tenerlo.

JUSTO. Hola! hola! hola!

EUG. Tengo una emocion... la emocion que tienen los padres. Usted no habrá sido padre nunca.

JUSTO. No.

EUG. Entónces no puede usted comprender la emocion que tienen los padres.

JUSTO. Á que tenemos variacion!

EUG. Variacion! ¿sobre qué?

JUSTO. Sobre el divorcio.

EUG. Quién piensa ya en eso?

JUSTO. Es esto cosa de juego? Que me divorcio, que ya no me

divorcio. Portarse así conmigo cuando por interés de usted he estado á punto de perecer...

EUG. Pues?

JUSTO. Yo había aconsejado á mi discípulo Ricardo que hiciera el amor á su mujer de usted.

EUG. Cómo?

JUSTO. Sólo por interés de usted.

EUG. Me gusta la manera!

JUSTO. Y el otro al ver que ella no le hacía caso desgraciadamente...

EUG. Desgraciadamente? Un demonio!

JUSTO. Me ha desafiado.

EUG. Y usted qué ha hecho?

JUSTO. Le he proporcionado un empleo en Filipinas para no verme en el trance de que me matara.

EUG. Pues bien, ya es innecesario todo.

JUSTO. Despues que he expuesto mi vida en el asunto!... Ademas, ya está presentada la demanda...

EUG. Usted hará el favor de poner un escrito retirándola. En un momento...

JUSTO. Yo no me presto á...

EUG. Por Dios, préstese usted, se lo ruega un afligido padre de familia.

JUSTO. Está usted como chico con zapatos nuevos.

EUG. No; estoy como padre con chico nuevo. Ah, una cosa muy importante. ¿Cómo le parece á usted que le llamemos?

JUSTO. Llamémosle *ache*.

EUG. Hombre, no es cosa de juego. Á usted le toca elegir el nombre...

JUSTO. No hay más que coger el calendario...

EUG. Yo quisiera un nombre bonito, sonoro.

JUSTO. Llámele usted Pantaleon.

EUG. Es muy feo.

JUSTO. Pero muy sonoro; mire usted, Pantaleon. (Marcando mucho las enes.)

EUG. No, expresivo, que dé á entender las inclinaciones del

muchacho.

JUSTO. Entónces, Simeon.

EUG. Por Dios!...En fin, eso lo dejaremos para despues. Será una tontería, pero no lo extrañe usted; un padre tiene tantas cosas en qué pensar. La colocacion, la carrera... Ah, á qué le parece á usted que le dediquemos?

JUSTO. Lo primero á mamar.

EUG. Es verdad, no había caido... Conque va usted á poner en seguida ese escrito... ¿eh?

JUSTO. Pero...

EUG. Nada, aquí en un momento... (Le hace entrar en el despacho.)

ESCENA VI.

PILAR, EUGENIO.

EUG. En cuanto esté me avisa... (Viendo á Pilar y muy alegre.)

PILAR. Qué te pasa que estás tan alegre?

EUG. Ya no vas á Aranjuez.

PILAR. Cómo que no?

EUG. Porque ya es innecesario; no quiero que te apartes nunca de mí.

PILAR. Quieres un despropósito. He decido marcharme y me marcharé.

EUG. Y yo he decidido que no te vayas.

PILAR. Que no? Ay... ay... (Haciendo contorsiones.)

EUG. (Alarmado.) Qué sientes?

PILAR. El mareo, los trastos patas arriba... Tú vas á ser la causa de una desgracia muy gorda.

EUG. Dios mio!... No, no he dicho nada, irás á Aranjuez.

PILAR. Ah!

EUG. Se te pasa?

PILAR. Sí; ya se me ha pasado.

EUG. Bien. (Despues de todo es cosa muy natural que quiera estar con su madre...) Irás á Aranjuez, pero yo iré contigo.

PILAR. Tú conmigo?

EUG. Sí.

PILAR. Ay... ay...

EUG. Qué es eso?

PILAR. Tú vas á echarlo todo á perder.

EUG. Á echarlo todo á perder? No, no. Pero hay nada más natural que un marido vaya con su mujer?

PILAR. Mas natural es que no vaya. Tú puedes hacer lo que quieras, pero si no satisfaces mis deseos...

EUG. Qué?

PILAR. No esperes nada de mí.

EUG. Que no espere nada! (Alarmado.)

PILAR. Nada.

EUG. Cuando de tí lo espero todo, mi dicha, mi felicidad..s En fin, irás á Aranjuez... Irás sola... pero no sabe. cuánto siento no poder asistir al...

PILAR. Al qué?

EUG. Á... eso.

PILAR. Qué es eso?

EUG. Como tú no querías decírmelo... yo...

PILAR. No sé á qué te refieres.

EUG. Al... nacimiento.

PILAR. Ah, has descubierto?...

EUG. Sí.

PILAR. (Cómo habrá sabido!... Nunca quise enterarle de lo que le pasa á mi familia.)

EUG. Dí, ¿no crees que será muy hermoso?

PILAR. Muy hermoso! Será tan feo como su padre.

EUG. (Mirándose á un espejo.) Me parece que el padre puede pasar.

PILAR. Puede pasar por feo.

EUG. (Mi mujer me hace muy poca justicia.) Cuándo es la marcha?

PILAR. Mañana.

EUG. Entónces voy á comprar ciertas cosas para que se las lleves al recien nacido. Hasta luégo. (Todo me va á parecer poco para mi chiquitin.) Adios, hija mia. (La abraza y se va.)

ESCENA VII.

PILAR, JUSTO.

PILAR. Qué cosa más extraña, mi marido tan cariñoso! Qué le pasará?

JUSTO. Oiga usted.,. (Ah, no está aquí.) Señora, doy á usted la más cordial enhorabuena.

PILAR. Por qué?

JUSTO. Por el fausto acontecimiento que ha venido á restablecer la paz del matrimonio. Yo no debía dársela á usted porque me perjudica grandemente.

PILAR. No comprendo.

JUSTO. Esto hace necesario que yo retire la demanda de divorcio, y para un abogado como yo, es un descrédito tener que abandonar un negocio.

PILAR. No sé á que puede usted referirse.

JUSTO. Al futuro chiquitin.

PILAR. Qué chiquitin?

JUSTO. Á Simeoncito.

PILAR. Simeoncito!

JUSTO. Ó Pantaleoncito, que ese punto no se ha resuelto todavía.

PILAR. Pero quién es?...

JUSTO. Su hijo de usted.

PILAR. Mi hijo!!

JUSTO. Es claro.

PILAR. Caballero, usted toca el violon.

JUSTO. No lo crea usted. Si es un secreto, soy de los iniciados; como que he de ser el padrino!

PILAR. El padrino?

JUSTO. Sí.

PILAR. Hágame usted el favor de explicarse, porque no entiendo.

JUSTO. Su marido de usted me ha dicho que tenía un hijo.

PILAR. Cómo?

JUSTO. No sé cómo, porque no ha nacido aún.

PILAR. Qué dice usted?

JUSTO. (Canario, si lo que tendrá el marido será un hijo de *extrangis*! Y yo se lo he dicho á esta!) Usted no sabía nada?

PILAR. Absolutamente.

JUSTO. (No cabe duda... Ah, pero este es un magnífico dato para el divorcio. No retiro la demanda, puedo quedar bien.)

PILAR. Acabará usted de explicarse?

JUSTO. Acabaré. Sépalo usted, señora; su marido acaba de confesarme que tiene un hijo.

PILAR. Ave María Purísima!

JUSTO. Eso mismo dije yo cuando lo supe. Ave María Purísima!

PILAR. Pero eso es seguro?

JUSTO. Me lo ha dicho él.

PILAR. El infame.

JUSTO. El infame no, el marido.

PILAR. Qué haría usted en mi lugar?

JUSTO. Lo primero llamar á un buen abogado; á mí, por ejemplo. Yo acudiría, porque siempre estoy al lado de la inocencia, y usted es la inocencia.

PILAR. Y despues?

JUSTO. Una separacion eterna que yo arreglaría en un santiamen. (Se frota las manos.)

PILAR. Y usted se alegra?

JUSTO. Yo mucho... digo, no, lo deploro.

PILAR. Él... serme infiel!... Yo que le quiero tanto!... Porque ahora mismo los celos y la... y todo lo que siento me hace comprender que le quiero mucho.

JUSTO. Pues no debía usted quererle.

PILAR. Es que acaso tenga yo la culpa.

JUSTO. Usted?

PILAR. Sí, por mi carácter. Creame usted, le he dado mucha guerra al pobre.

JUSTO. Ahora le dá por disculparle!

PILAR. Disculparle no, pero reconozco que no debí nunca po-

nerle en el caso de que me olvidara. Dios mio, qué desgraciada soy!... Ay... ay... que me dá...

JUSTO. Qué le da á usted?

PILAR. Ah, nada; que no está aquí mi marido. Pero de todas maneras yo me siento... me siento...

JUSTO. (*Corriendo alarmado á coger su sombrero que habrá dejado sobre el sofá.*) No, no, espere usted... Ahora puede usted sentarse.

PILAR. No, si es que me siento muy mala. Ay, ay. (*Se desmaya.*)

JUSTO. Antonia, Antonia, agua, vinagre. Señora. Como un tronco! Vuelva usted en sí.

PILAR. Imposible.

ESCENA VIII.

DICHOS, ANTONIA.

ANT. Qué sucede? Mi señora mala! Qué ha hecho usted á mi señora?

JUSTO. Yo! Qué querrá esta que le haya hecho á su señora?

ANT. Quién tiene la culpa de esto?

JUSTO. Su marido.

ANT. Ah ¿se ha descubierto?

JUSTO. Sí, se ha descubierto todo.

ANT. Los vestidos del niño.

JUSTO. Todo ménos el niño

PILAR. Ay, ay!

ESCENA IX.

DICHOS, EUGENIO.

EUG. (*Cargado de juguetes.*) Qué contento se pondrá el chico cuando vea!... Pero qué es esto? Qué le pasa á mi pobrecita mujer?

JUSTO. Que se ha puesto furiosa.

EUG. Por qué? Usted la habrá dado motivo.

JUSTO. Yo no.

PILAR. Eugenio.

EUG. Qué, hija mia.

PILAR. Tú tienes queja de mí?

EUG. No, ninguna, y si las tuviera dálas por olvidadas. Qué te ha sucedido?

PILAR. Este señor ha tenido la culpa.

EUG. (Furioso contra Justo. (Usted? Vive Dios!)

JUSTO. Pero, señora, yo, por qué?...

PILAR. Sí, me ha hecho usted mucho daño. (Medio llorando.)

EUG. Infame! Ve usted lo que ha hecho? Por usted está haciendo pucheros ese ángel.

JUSTO. Un ángel haciendo pucheros! Yo no he tenido...

PILAR. Pero no regañemos. Lo sé todo; este señor me ha enterado de todo.

EUG. De qué la ha enterado usted?

JUSTO. Ya lo oye usted, de todo.

EUG. Y qué es todo?

PILAR. Ya ves que no me incomodo contigo. Todo lo contrario; he determinado que vivamos en paz. Tráeme el niño.

EUG. El niño! (Á Justo.) Usted ha trastornado á mi mujer.

JUSTO. Yo! Ahora voy á tener la culpa de todo.

EUG. Me explicará usted qué quiere decir mi mujer?

JUSTO Quiere decir que le traiga usted el niño.

PILAR. Eso es.

EUG. Que traiga yo el niño! Mujer, tú eres la que...

PILAR. Yo? Quieres que vaya tambien por él?

EUG. Qué niño es ese?

PILAR. Tu hijo.

JUSTO. Claro.

EUG. Qué hijo?

JUSTO. Qué hijo! Pero tiene usted más de uno?

EUG. Vaya, ustedes se han propuesto volverme loco.

ANT. Yo no entiendo una palabra.

PILAR. No le has dicho á este señor que tenías un hijo?

EUG. No; le he dicho que iba á tenerlo.

PILAR. Y por qué se lo has dicho?

EUG. Mira, ya es inútil el disimulo. Tengo pruebas.

PILAR. Qué pruebas?

EUG. (Cogiendo la capa y el gorrito.) Esto, que es para mí el iris de paz y de ventura.

ANT. Ay, la capa para el niño de su prima de usted.

EUG. Qué dices? No eran para tí, no eran para nosotros!

PILAR. No, era un regalo para mi prima.

EUG. (Va á romper el gorro.) Ah... Pero no... Tú creías que yo tenía un hijo, y sin embargo...

PILAR. Como que pienso no volver á incomodarme contigo.

EUG. Ni yo tampoco. Hoy que te he visto bajo otro prisma, he comprendido lo que vale una buena esposa y... no volveremos á reñir más.

JUSTO. Adios mi pleito.

EUG. No te irás?

PILAR. No, mandaré esto.

EUG. No, me quedo con ellos porque me han devuelto la paz...

JUSTO. Sí, y por lo que pueda ocurrir.
(Al público.) Oye, espectador sensato,
esta obrilla te prometo
que no tiene más objeto
que hacerte pasar el rato.
Si no te llegó á cansar
su objeto habrá conseguido
y para algo habrán servido
LOS TRAPOS DE CRISTIANAR.

FIN DEL JUGUETE.